K(85)

## BOLETÍN

# ACADEMIA CHILENA

CORRESPONDIENTE DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA
E INTEGRANTE DEL
INSTITUTO DE CHILE



75

2001 - 2002 SANTIAGO DE CHILE



ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA BOLETÍN Nº 75 Correspondiente a 2001 - 2002 Boletín Academia Chilena de la Lengua Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua e integrante del Instituto de Chile.

### BOLETÍN

# ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

E INTEGRANTE

DEL

INSTITUTO DE CHILE



75

2001 - 2002 SANTIAGO DE CHILE

#### Carla Cordua Sommer

#### DISCURSO DE INCORPORACIÓN

a la Academia Chilena de la Lengua como Miembro de Número 25 de agosto de 2001

#### DON MARTÍN PANERO

No tuve la suerte de conocer personalmente a don Martín Panero; hablo aquí sólo como lectora de sus ensayos literarios<sup>1</sup>. Ojalá quienes lo trataron no lo desconozcan en mis palabras, pues me referiré no sólo a sus temas sino también a la manera bien personal como los aborda.

Todos estamos dispuestos a reconocer que las diversas formas de literatura expresan la personalidad de sus autores: poetas y narradores se traslucen en sus obras, quiéranlo o no. Menos obvio, aunque no menos cierto, es que lo mismo les ocurre a los críticos literarios. Incluso la teoría filosófica, cuyas pretensiones universales pudieran ser un obstáculo para la expresión de la individualidad, se vuelca en obras profundamente marcadas por la idiosincracia personal de los filósofos. Los estudios literarios de don Martín Panero poseen un vivísimo sello personal: sus preferencias y valoraciones, la delicadeza del juicio equilibrado y docto, reaparecen siempre de nuevo a propósito de los más diversos asuntos, pintando a la larga el retrato claro y coherente de este amante y estudioso de las letras en castellano. En este siglo, marcado por sucesivos vendavales de la moda crítica, entre ellos, por el esfuerzo invertido en convertir el estudio de la literatura en una ciencia, el profesor Panero conserva, de manera elegante pero firme como la roca, su propio criterio para tratar de literatura, que es el del sentido común educado en el saber de la historia y de las artes. Su método interpretativo combina la información sobre la vida del escritor con el análisis de la obra, desafiando con ello a medio mundo y ofendiendo por igual a los dos partidos opuestos entre sí que están de acuerdo en oponerse a esta mezcla.

Las citas tomadas de ensayos de M. Panero proceden de Arte, Vida y España, Ensayos literarios de Martín Panero M., Edición de María Ester Martínez y Carola Oyarzún, Santiago, Instituto de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000. En el texto esta edición es citada entre paréntesis con la abreviatura AVE seguido de la página.

Don Martín fue un ensayista que tuvo una fe inquebrantable en la fuerza de las ideas y de los ideales. Hace ya bastante tiempo que esta fe se ha vuelto rara y es posible que hoy casi no exista con su fuerza original. Desapareció sin explicación, pero por razones obvias. Quienes conocen la manera como en el siglo XX las ideas y los ideales sirvieron de pantalla para la comisión de los más espantosos crímenes y traiciones, apenas resisten ahora escuchar la palabra "ideal" sin estremecerse. Casi nadie ha salido ileso o intocado por el escepticismo, por el nihilismo del espectáculo de la falsedades encubiertas por muchas de las palabras sublimes del lenguaje. Tanto más llamativo resulta que don Martín, leyendo la gran literatura castellana y amándola a pesar de las miserias y maldades que en el tiempo de su vida desanimaron a otros, mantuviera sana y salva su fe religiosa, su fe en que el arte lo embellece todo, en que los bienes morales ennoblecen cuanto ocurre y, en suma, en que religión, virtud moral y arte no se manchan o degradan pase lo que pase con el mundo y en él. Desde esta convicción, Martín Panero concibió al heroismo como fidelidad a lo ideal (AVE 70) y no, según el sentido usual, como cierta rara eminencia de la acción humana. Lo que al parecer no mencionó nunca fue la medida en que su propia resistencia a su tiempo y a los embates contrarios a su manera de pensar lo condujeron a él personalmente al borde de un idealismo de tipo heroico, en su propia acepción de la palabra.

De la gran novela de Cervantes, su favorita del escritor preferido, destaca: "Fluye por toda la obra una corriente idealista que tiñe de pureza estética hasta las realidades más abyectas y bajas" (AVE 55). "Prevalece en don Quijote la idea sobre la realidad" (AVE 54). "Aldonza Lorenzo era, según el novelista, una moza labradora 'de muy buen parecer'. Pero de ese elogio, relativamente modesto, al arquetipo de belleza en que la transforma don Quijote en la conversación con Vivaldo, hay una distancia inmensa y todo un mundo del más acendrado idealismo" (AVE 54). A Cervantes lo llama "un espíritu idealista" (AVE 51, 57). Cuando establece el significado del *Quijote* afirma: "Cervantes simbolizó en las derrotas de don Quijote sus propios fracasos. También su entereza de ánimo frente a la adversidad" (AVE 58). "Del ánimo del heroico caballero, surgen muy altas llamaradas que iluminan los cielos por encima de los horizontes cerrados a que conducirían el naufragio irremisible y la esencial derrota" (ibid). "Cervantes no mata la fe en el ideal" (ibid).

¿Qué dice esta lectura idealista de la comicidad del libro, de su terrible ironía, de las parodias, de las burlas crueles? Don Martín Panero es consecuente y no abandona una posición adoptada por cualquier cosa. Distinguiendo entre apariencia y realidad (AVE 51, 77, 86), aconseja al lector, al profesor que enseña el *Quijote*, atenerse a lo esencial. Las aventuras del caballero y el escudero, dice, "por risibles que parezcan... pueden servir para apasionantes discusiones" (AVE 77). "Aunque el *Quijote* es una parodia de esos libros [de caballe-

ría], Cervantes tuvo el buen gusto de no ridiculizar el ideal caballeresco mismo. Por el contrario, supo exaltarlo y darle un sesgo de grandeza, incluso a través de las locuras y excentricidades de su héroe" (AVE 51). "Olvidemos la parodia, hagamos abstracción de la perturbación mental que don Quijote padece y consideremos la raíz última de sus acciones... queda en pie el ejemplo de un hombre movido por una tabla de valores a la que ajusta heroicamente su vida" (ibid). En esta decisión personalísima de asignarle mayor realidad a lo ideal y disminuírsela a lo que habitualmente llamamos 'realidad', es donde me parece que don Martín se retrata. Este autorretrato tiene un rasgo quijotesco: cuando don Quijote quiere obligar a los mercaderes toledanos a declarar la beldad de Dulcinea, éstos piden un retrato de ella para no jurar en falso. El caballero les dice: "...sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla..." (I,4). Pues, ¿qué pueden revelar las apariencias sensibles cuando está en juego la fidelidad prometida a lo ideal?

#### EL DESASOSIEGO

"Para comprender me he destruido".  $\label{eq:Pessoa2} Pessoa^2$ 

Fernando Pessoa (1888–1935), uno de los grandes escritores del siglo XX, poeta y hombre de ideas, precursor no reconocido de notables pensadores del centenio pasado, dejó inédito su libro de inquietudes e incertidumbres en prosa. No es hasta 1982 que aparece el original portugués de esta gran obra³. Pero ya la publicación, en 1942 y 1961, de algunas primicias del *Libro del desasosiego* despertaron admiración y curiosidad. Además, se conocía desde 1913 el pasaje, o *trecho*, titulado "En la floresta de la enajenación", entregado por su autor a la revista *A Águia* de Oporto⁴. Se trata de una obra en la que el autor trabaja durante casi toda su vida y que a su muerte, en 1935, queda incompleta e inédita. Las primeras publicaciones de pasajes del libro las firma Pessoa con su propio nombre, luego usa el de un heterónimo. Hacia el final comienza a atribuirle el libro, al que concede gran importancia en sus planes de publicación, a un segundo heterónimo.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, trad. del portugués, organización, introducción y notas de Angel Crespo (Barcelona: Seix Barral, 1989), p. 189. En adelante cito esta traducción como LD-C seguido de la página.

Fernando Pessoa, *Livro do Desassossego*, por Bernardo Soares (Lisboa: Ática, 1982), 2 vols.

Ver detalles sobre las primeras publicaciones de partes del *Libro del desasosiego* en la *Introducción* a LD-C, pp. 7-21.

Las de la atribución de autoría no son las únicas vacilaciones del *Libro del desasosiego*. Pessoa atraviesa por muchas maneras de ser, de hacer y de pensar en sus años adultos cuyas huellas pueden ser rastreadas en sus obras, también en este libro. Pero lo que no cambia nunca es el título, elegido de manera tan certera desde un comienzo y de una vez por todas. En una carta de 1914 explica el sentido del título diciendo: "Ese libro se llama *Libro del desasosiego* a causa de la inquietud e incertidumbre que es su nota predominante"<sup>5</sup>. Desasosiego, inquietud, incertidumbre, todas palabras negativas pero no sinónimas, para explicarse unas a las otras. De la variada sustancia del libro de Pessoa elijo hoy la veta de negatividad que la recorre para interrogarla en particular. Falto de sosiego, de quietud, de certidumbre, ¿por qué?

El Libro del desasosiego, conserva hasta hoy, 65 años después de la muerte de su autor, una notable capacidad de sorprender y sacudir al lector. Aunque se trate de alguien que ya conoce la poesía de Pessoa y pueda, por eso, reconocer en la obra ciertos temas y maneras de ver inconfundibles del poeta, los versos no preparan suficientemente para el impacto de su pensar en prosa. El propio escritor explicó que "en prosa es más difícil hacerse otro que en verso". Y como Pessoa siempre habla de sí mismo, también a través de sus heterónimos, si hizo algún esfuerzo por alterarse en este libro en prosa, al producto no se le nota. Todo en él es personal, íntimo y veraz. Contiene algunos pocos trechos oscuros o que se pierden en divagaciones, en particular los que quedaron incompletos y contienen blancos a la espera de las palabras adecuadas, pero en general Pessoa se expresa con gran claridad, precisión y apasionada insistencia en los detalles de lo que dice. No toda su prosa puede ser llamada 'poética', en el sentido habitual de esta expresión, debido, antes que nada, a la contundencia y rotundidad de sus ideas. El sesgo poético de la bellísima prosa de Pessoa reside tanto en sus frecuentes figuras verbales como en la vivacidad de las descripciones y la brillantez de algunas de sus terribles ocurrencias.

El Libro del desasosiego da mucho que pensar debido a que contiene un minucioso cuestionamiento del sentido del mundo y de la condición humana. En esta dirección la obra se parece mucho a una exposición metafísica de extrema audacia y radicalismo; pero se separa de ella porque no usa los medios característicos de la especulación filosófica. En efecto, Pessoa no pretende persuadir mediante razonamientos sino, más bien, busca seducir con una confesión personal, avasalladora por su inmediatez y por la desnudez sin reserva con que el confesor se presenta. Comunicando su intimidad, Pessoa es muy elocuente y habla con tal convicción que resulta difícil no leer sus palabras como si

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Fernando Pessoa, *Livro do Desassossego*, composto por Bernardo Soares, edição Richard Zenith (Lisboa: Assírio & Alvim, 1998), p. 502. En adelante cito la edición Zenith como LD-Z seguido de la página. Agradezco a Roberto Torretti la traducción de las citas tomadas de esta edición.

fuesen súbitas revelaciones de verdades universales que ya barruntábamos. Pero con el tiempo y la relectura es posible distanciarse algo de este primer efecto del *Libro del desasosiego*. Creo, por eso, que puedo discutir las ideas centrales que Pessoa propone, hacer algunas preguntas y buscarles una respuesta que no provenga del libro.

El propio no ser o la inanidad de la persona humana, su condición de ser nada, nadie, un vacío, un hoyo, un abismo, es el asunto principal del libro. Pessoa multiplica sus recursos para expresar tal condición: se niega a sí mismo, se dice en forma de paradoja, de contradicción, de disparate, de sinsentido. "Me he dado cuenta en un relámpago íntimo, de que no soy nadie... -Soy los alrededores de una ciudad que no existe, el comentario prolijo a un libro que no se ha escrito. No soy nadie, nadie...- Mi alma es una corriente marina negra, vasto vértigo alrededor del vacío, movimiento de un océano infinito en torno de un agujero de nada..." (LD-C 48). "No tengo una idea de mí mismo; ni la que consiste en una falta de idea de mí mismo" (LD-C 235). La futilidad, la trivialidad de la vida (LD-C 36), la vacuidad de las cosas (LD-C 254), la inutilidad de todo (LD-C 145, 255), lo abruman: "No puedo querer ser nada"<sup>6</sup>. "Quisiera todo cuanto puede tornar ridículo lo que soy, y porque torna ridículo lo que soy". "¡Cuántas veces me duele existir, con una náusea hasta tal punto confusa que no sé distinguir si es un tedio o si es el anuncio de un vómito!" (LD-C 147). "No quiero nada, no prefiero nada, no hay nada a donde huir" (LD-C 137).

La náusea y el tedio son la respuesta inmediata de Pessoa a esta percepción radicalmente negativa de sí mismo y de todo lo demás. Dominado por estas experiencias frecuentemente se considera un verdadero enfermo de una enfermedad inexistente. En un trecho brillante redactado en 1932, examina, tal como hacen al mismo tiempo, independientemente unos de otros, los filósofos existencialistas, los matices del concepto de tedio. Ya no niega allí sólo las cosas, sino al mundo como tal. "El tedio es la sensación física del caos y de que el caos lo es todo" (LD-C 255). Es difícil ser humano y negar el mundo, pero Pessoa no se arredra y quiere sostener el caos contra el mundo. El tedio se combina con lo que el poeta llama su "cansancio lleno de mundos muertos" (LD-C 145) y también con la náusea: "Una náusea física de la vida entera nació con mi despertar. Un horror a tener que vivir se levantó conmigo de la cama. Todo me pareció hueco y tuve la impresión fría de que no hay solución para ningún problema" (LD-C 128). Agréguese a este conjunto el desdén, del que Pessoa dice: "Mi desdén por todo es tan grande que me desdeño a mí mismo; que, como desprecio los sufrimientos ajenos, desprecio también los míos y así aplasto bajo mi desdén a mi propio sufrimiento" (LD-C 249).

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Fernando Pessoa, *Poemas de Alvaro de Campos. II Tabaquería y otros poemas con fecha*, Edición bilingüe, Traducción y notas de Adolfo Montejo Navas (Madrid: Hiperión, 1998), p. 35. En adelante abreviado TAB seguido de la página.

El nihilismo sin reservas, elaborado desde mil perspectivas diferentes, que se desprende del Libro del desasosiego, es incompatible con la existencia de un ser vivo, en particular, por cierto, con la vida de una persona perceptiva, inteligente, lúcida y verbalmente explícita. Pessoa ve tal incompatibilidad a su manera, y, también a su manera, la expresa a menudo: la incapacidad de ver las cosas como son, la estupidez, son favorables a la vida, la estupidez ilusionada, en particular, es una forma de astucia, de inteligencia vital (LD-C 67). Esta es una opinión de Nietzsche, que probablemente procede en forma directa de una lectura del filósofo. Lo que no viene de allí, en cambio, ni de otra fuente fácil de ubicar, es la manera en que el poeta recoge y organiza su repertorio de negaciones con ayuda del concepto de absurdo, que más tarde gozará, junto con el tedio y la náusea, de una popularidad y difusión periodística que habrían repugnado a Pessoa, que no era ajeno a tentaciones aristocratizantes. El sinsentido o absurdo es el manto negro que lo cubre todo; procede, afirma Pessoa, precisamente de donde no puede ser suprimido, del espíritu humano, del alma, el elemento que filtra y marca toda experiencia. "Lo absurdo, lo ilógico, lo contradictorio, todo cuanto nos desliga y separa de lo real" (LD-Z 337). Pensando en su "incompetencia nativa para existir" (LD-Z 360) dice irónicamente "La reductio ad absurdum es una de mis bebidas predilectas" (LD-Z, 282).

"El artificio y lo absurdo es el signo de lo humano" (LD-C 222). "Supongo que soy lo que llaman un decadente, que hay en mí, como definición exterior de mi espíritu, esos centelleos tristes de una extrañeza postiza que incorporan en palabras inesperadas un alma ansiosa y malabar. Siento que soy así y que soy absurdo" (LD-Z 349). "Los sentimientos que más duelen, las emociones que más afligen, son los que son absurdos -el ansia de cosas imposibles, precisamente porque son imposibles, la añoranza de lo que jamás ha existido, el deseo de lo que podría haber sido, la pena de no ser otro, la insatisfacción de la existencia del mundo. Todos estos mediostonos de la conciencia del alma crean en nosotros un paisaje dolorido, una eterna puesta de sol de lo que somos. El sentirnos es entonces un campo desierto al oscurecer, triste de juncos, al pie de un río sin barcos, negreando claramente entre márgenes alejadas" (LD-C 232). 'La conciencia del alma', que es lo que inescapablemente somos, nos separa de la naturaleza, nos hace artificiales y absurdos en medio del desierto. "Cuando llegué a mirar la vida, perdí el sentido de la vida" (TAB 95).

Por eso es que Pessoa concibe y acaricia la posibilidad de librarse, aunque fuera pasajeramente, del alma, tanto de sus funciones como de la conciencia de tenerla. "Oh grandes montes del crepúsculo, calles casi estrechas a la luz de la luna, tener vuestra inconsciencia..., vuestra espiritualidad de Materia sólo, sin criterio, sin sensiblidad, sin dónde poner sentimientos, ni pensamientos, ni desasosiegos espirituales! ¡Árboles tan solo árboles con una verdura tan agradable a los ojos, tan exterior a mis cuidados y mis penas, tan consoladora para mis

angustias porque no tenéis ojos con que mirarlas ni alma que, mirable por esos ojos, pueda no comprenderlas y burlarse de ellas!" (LD-C 65). En otra ocasión dice: "Este horror que hoy me anula, es menos noble y más roedor. Es un deseo de no querer tener pensamiento, un deseo de nunca haber sido nada, una desesperación consciente de todas las células del cuerpo y del alma. Es el sentimiento súbito de estar enclaustrado en una celda infinita. ¿Hacia dónde pensar en huir, si sólo la celda es el Todo? -Y entonces me asalta el deseo desbordante, absurdo, de una especie de satanismo..., de que un día... se encuentre una fuga hacia afuera de Dios y lo más profundo de nosotros deje, no sé cómo, de formar parte del ser o del no ser" (LD-C 248).

Huir del ser y del no ser parece un deseo conmensurado con la falta total de significado. Pero Pessoa conoce lugares y practica astucias que le permiten seguir vivo en su infierno del absurdo consumado. Aunque cree firmemente que vivir es "un error metafísico de la materia, un descuido", es como viviente que se vale de lo que llama "los varios disfraces con que estoy vivo" (LD-C 85). La invención de heterónimos es una de las salidas de esta situación que el poeta no puede soportar. Pues, salvo en contextos lúdicos o humorísticos, nada es tan repugnante para nosotros como el sinsentido generalizado. Pessoa se crea una sociedad de poetas y pensadores entre los que distribuye, con gran coherencia, sus diversas composiciones literarias. Pero descubre, además, otras vías de fuga que me parecen más interesantes que la de los heterónimos, porque los paisajes y las experiencias que le procuran se convierten en materias de la poesía y del pensamiento, en las preciosas sustancias concretas que relucen en la obra de Pessoa. Sin comprometer su juicio acerca de la ausencia de significación en el mundo y en la vida, al que vuelve sin falta, se entrega provisoriamente, por ejemplo, a sus sensaciones inmediatas, al éxtasis de dejarse tocar el cuerpo por cuerpos próximos. "Los plátanos en venta, bajo el sol, eran de un amarillo grande" (LD-C 66).

"La erudición de la sensibilidad nada tiene que ver con la experiencia de la vida. La experiencia de la vida nada enseña, lo mismo que la historia nada informa. La verdadera experiencia consiste en restringir el contacto con la realidad y aumentar el análisis de ese contacto. Así, la sensibilidad se ensancha y profundiza, porque en nosotros está todo; basta que lo busquemos y lo sepamos buscar" (LD-C 283). Cerciorándose de sus facultades de sentir dice: "Cuando otra virtud no haya en mí, hay por lo menos la de la perpetua novedad de la sensación libre" (LD-C 61). "Además, ¡hay tantas consolaciones! Existe el cielo alto, limpio y sereno, donde flotan siempre nubes imperfectas. Existe la brisa leve, que agita las ramas duras de los árboles, si es en el campo; que hace oscilar las ropas tendidas, en los cuartos pisos, o quintos, si es en la ciudad. Existe el calor o el fresco, si los hay..." (LD-C 280). "Independientemente de mí, crece hierba, llueve en la hierba que crece, y el sol dora la extensión de la hierba que

ha crecido o va a crecer; se yerguen los montes desde muy antiguo, y el viento pasa del mismo modo como Homero, aunque no existiese, lo oyó" (LD-C 52).

Pero no sería Fernando Pessoa si pudiese entregarse sin reservas o definitivamente a una sensación. De todas, hasta de las que dice que le dan alegría (LDC 66), una expresión que rara vez usa, se repone y retira. En cierta ocasión, en que todavía se lo ve dispuesto a defender reflexivamente la importancia de la sensación para nosotros, podemos observar la manera precisa de su retirada del refugio. En efecto, después de negar las ideas, la totalidad y la verdad, dice: "Quedamos, por lo tanto, con nuestras sensaciones por única 'realidad', realidad que 'realmente' hasta tiene aquí cierto valor, pero es una conveniencia para frasear. De 'real' tenemos apenas nuestras sensaciones, pero 'real' (que es una sensación nuestra) no significa nada, ni siquiera 'significa' significa algo, ni 'sensación' tiene un sentido, ni 'tiene un sentido' es cosa que tenga sentido alguno. Todo es el mismo misterio. Advierto, empero, que ni todo puede significar cosa alguna, ni 'misterio' es palabra que tenga significado".

Los símbolos tienen un significado asegurado porque "hablan, expresan, sin embargo no es de ellos de quien hablan, ni es a ellos a quienes expresan;...no muestran, dejan trasparecer" (LD-C 63), dice el poeta. Siempre significan aunque a veces pueden resultar difíciles de descifrar. Pessoa distingue "la atención distraída que se presta a las cosas, de la definidora, que se presta a los símbolos" (LD-C 148). No hay distracción ni indiferencia con los símbolos, pues hacen presente expresamente un sentido. Pessoa confiesa su atracción hacia los símbolos, que siempre prometen dejarse entender e interrumpen el intolerable sinsentido. "Hay días en que cada persona que encuentro y, aún más, las personas con las que convivo cotidianamente y a la fuerza, asumen aspecto de símbolos y, o aislados o juntándose, forman una escritura profética u oculta, descriptiva en sombras de mi vida." (LD-C 63). Las palabras, antes que nada, son los símbolos preferidos de Pessoa, las palabras y la lengua materna.

"Me gusta decir. Diré mejor: me gusta palabrear. Las palabras son para mí cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas... Como todos los grandes enamorados, me gusta la delicia de la pérdida de mí mismo, en la que el gozo de la entrega se sufre completamente. Y, así, muchas veces, escribo sin querer pensar, en el devaneo exterior, dejando que las palabras me hagan fiestas, niño pequeño en su regazo. Son frases sin sentido, que corren mórbidas, con una fluidez de agua sentida, un olvidarse de riachuelo en el que las olas se mezclan e indefinen, volviéndose siempre otras, sucediéndose a sí mismas. Así las ideas, las imágenes, trémulas de expresión, pasan por mí en cortejos sonoros de sedas esfumadas, donde una claridad lunar de idea oscila, batida y confusa... No tengo ningún sentimiento político o social. Tengo, sin embargo, en un sen-

Pessoa, Ideas metalísicas del 'Libro del desasosiego' (LD-Z 509).

tido, un alto sentimiento patriótico. Mi patria es la lengua portuguesa" (LD-C 38–39).

Pero la vida siempre vuelve a imponerse; y el lúcido la descubre, de vuelta de las sensaciones y de las palabras, como ya sabía que era. "¡Tan poco heráldica la vida!", exclama el poeta, "¡Tan de sí misma hueca...!" (TAB 9)8. Aunque ella ofrece, ocasionalmente, lo que Pessoa llama "el sosiego de lo vulgar" (LD-C 132), la vida de todos, las acciones de todos, las ilusiones de todos no las quiere el poeta para sí. "Convivir con los otros es una tortura para mí" (LD-C 64). El gusto por las palabras y el decir, por ejemplo, no se extiende a lo que dicen los demás. Declara: "Pasando a veces por la calle, oigo trozos de conversaciones íntimas... Llevo, sólo por haber oído estas sombras del discurso humano que es, a fin de cuentas, todo aquello en que se ocupan la mayoría de las vidas conscientes, un tedio de asco, una angustia de exilio entre arañas y la conciencia súbita de mi encogimiento entre gente real; la condenación de ser vecino igual, ante el señorío y el sitio, de los otros inquilinos de la aglomeración, mirando con asco, por entre las verjas traseras del almacén del entre suelo, la basura ajena que se amontona con la lluvia en el zaguán que es mi vida" (LD-C 63).

La alternativa poética a la inaguantable normalidad es el sueño. La palabra portuguesa sonho, dicen los traductores de Pessoa, cubre tanto a los sueños del que duerme como a las ensoñaciones diurnas. Pero Pessoa le da un sentido propio, aún más amplio, para nombrar, en particular, los juegos de la imaginación, los ensueños y los recuerdos. Todo lo que lo arranca del presente y la realidad inmediata, compensándolo con creces y trasportándolo a las maravillas deslumbrantes de la fantasía, recibe el nombre de 'sueño'. Los sueños son éxtasis y entusiasmo a la vez, desrealización, alteración del ser, afirmación fugaz del sentido, cura del dolor de estar vivo. En 1928, cuando Pessoa ya está bastante cansado de sus recursos frente al absurdo, que no lo retienen ya lo suficiente, que apenas le hacen un poco de ilusión por su archiconocida fugacidad, se vuelve irónico frente a ellos. Los remedios son nada, pero no importa porque lo mismo vale de la enfermedad. Dice, por ejemplo:

No soy nada [...] Esto aparte, tengo en mí todos los sueños del mundo. (TAB, 35)

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> Pessoa, *Poemas de Álvaro de Campos*, Traducción, introducción y notas de Adolfo Montejo Navas, edición bilingüe en dos volúmenes, Madrid, Hiperión, 1998, vol II, *Tabaquería*, p. 9. Este volumen será citado como TAB seguido de la página.